

El Bucio, 16. La escuela competente
¡Qué bueno que viniste!

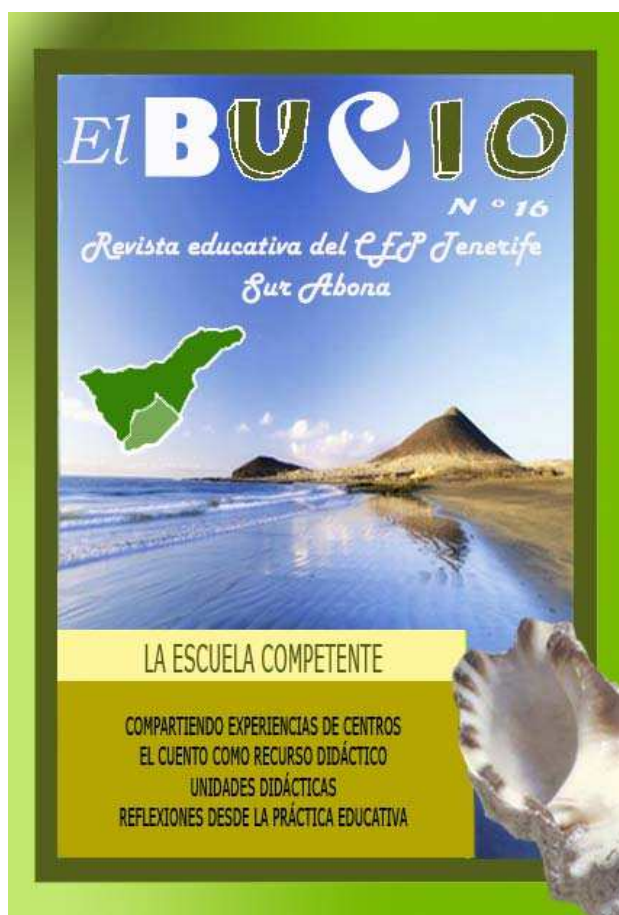


REVISTA EDUCATIVA DEL CEP TENERIFE SUR-ABONA

ISSN 1695-4785. Depósito Legal: TF-371/1998

¡Qué bueno que viniste!

Domingo Adrián Martín
CEIP Parque La Reina



Abstract

Un entrañable relato en torno a una experiencia educativa que busca la interculturalidad en las aulas. Se puede observar cómo trabajar un complejo concepto, el de “diferencia”, en alumnos/as de 4 a 5 años. ¡Todo un reto! Pero no imposible para el docente que firma este artículo.

Esta hazaña le ha llevado a ganar el premio en la categoría de educación infantil en el I Concurso de Relatos sobre Experiencias Educativas en Aulas Multiculturales convocado por el CEP Tenerife Sur-Abona.

Revista Digital EL BUCIO, número 16, año 2009 Edición Digital.

Contacto: C/ 1º Transversal a González Rivas s/n, San Isidro, Granadilla de Abona, Tenerife, 38611.

Web www.ceptenerifesurabona.es; 922391005; Fax 922394013; 38702519@gobiernodecanarias.org

El CEP Tenerife Sur-Abona no se responsabiliza de las opiniones y expresiones que aparezcan en los artículos.

El Bucio, 16. La escuela competente ¡Qué bueno que viniste!

La experiencia

Un lunes de octubre, uno que parecía del todo normal – por un lado nosotros, los profes, con esas inconfundibles caritas que se nos quedan al ver que nuestro tan ansiado y milimétricamente planificado “finde” definitivamente ha expirado... y, por otro, aquéllos que llenan de sentido y alegría nuestro día a día ya están conversando de todas las formas habidas y por haber sobre todo lo que les ha acontecido en estos días pasados... ¡Quién pudiera volver a esa época en la que se es capaz de disfrutar de hasta el más mínimo detalle...! En fin, volviendo a ese lunes que parecía ser uno más, definitivamente resultó no serlo. ¿Queréis averiguar la razón de ello? Pues está en tu mano, sólo tienes que dedicarnos un ratito de tu maravilloso tiempo para que te deleites – al menos eso esperamos mis alumnos y yo – con la lectura de nuestra experiencia...

Nuestra fila avanza hacia su destino bajo el leve rumor del murmullo de nuestros mágicos duendecillos, quienes aún tienen mucho por contarse – a veces llego a creer que son del todo incombustibles -. Ya los del otro grupo de cuatro años han llegado a puerto y, en breve, nuestra fila localizará su objetivo... Tras una fracción de segundo ya se había empezado a obrar el milagro: Nuestro querido Iker, al mando de la tripulación como siempre, da un frenazo en seco que hace que Gabrielita choque con Óscar – en fin, una caricia más entre duendecillos -. Yo, al tanto de lo que pudo frenar a nuestro capitán araña, alzo una pregunta a todos los allí congregados:



¿Qué fue lo que pasó?

El silencio momentáneo deja paso a un rápido y cada vez más acalorado murmullo que es sofocado por el grito expeditivo de nuestro gran capitán:

¡Hay un elefante en clase! Risas y carcajadas invaden nuestro pasillo que hace que las otras compañeras de etapa asomen sus lindas caras para averiguar qué es lo que está realmente ocurriendo...

¡Iker!, le espeta la buena de Gabriela, ¡estás loco! Que no, profe, que es verdad. Entren para que lo vean...

Y en efecto, Iker estaba en lo cierto. Allí, en la pared del fondo, erguido como el más valioso del lugar, se encontraba nuestro amigo Elmer. Poco a poco van entrando los intrigados duendecillos al lugar del acontecimiento...

¡Qué lindo!, exclama con su más genuino acento argentino Ariana.

Todos van entrando en tropel al aula y van acercándose poco a poco a nuestro misterioso personaje (Elmer fue diseñado en papel craft en tamaño 3x2 m y su cuerpo fue relleno con los cojines de nuestros alumnos, adheridos con velcro).

Mi cojín está en la trompa, grita Andrew. Y el mío está en la pata, de-

bajo del de Sujaira, añade Cristian.

Y el mío...

Mi deleite al ver la reacción de mis duendecillos os lo po-

deís imaginar, pero es entonces cuando advierto que hay alguien que no se lo está pasando tan bien como el resto...

Allí, escondido detrás de la puerta,

está un duende muy especial a quien sus rubios rizos le delatan...

¿Qué te pasa, Liam?, le pregunto tras acercarme, mientras escudriñando en los misterios de nuestro nuevo inquilino.

No quiero entrar, me da miedo.

Y tras un ahogado suspiro añade:

Mi mamá, quiero ir con mi mamá.

Es entonces cuando decido llamarlos a todos a la asamblea. Ya están todos mis duendecillos dispuestos en la alfombra mágica – y digo mágica no porque nos lleve volando por los aires como a Aladdin, sino por los tantos momentos especiales que nos regala a lo largo de la semana -. Y llegó la hora de hacer la presentación oficial de nuestro nuevo amigo:

Como habéis visto tenemos un nuevo amigo en clase.

¿Queréis saber su nombre...?

¡Síiii...!, gritan al unísono todos los duendes, incluido Liam que no se separa de mi pierna derecha ni un solo instante.

Pues tenéis que adivinarlo entre todos. Os voy a dar unas pistas: Empieza por la misma letra que el nombre de Elena.

¡La E!, grita Aitor.

Sí, sí, la e, repiten unos cuantos.

¡Muy bien! Ya tenemos la primera letra del nombre de nuestro amigo, la E. La siguiente letra es con la que empieza el nombre del que está agarrado a mi pierna.

¡Es Liam!, dice Héctor mientras el resto asiente.

Sí, pero... ¿por qué letra empieza su nombre?

¡La del lechero!, grita Zac – Zac es uno de los niños de 5 años que están aprendiendo a leer (mi clase es un mixto 4-5 años) -.

¡Perfecto, Zac! La “ele”. Ya sabemos que el nombre de nuestro amigo empieza por E...

¡Elefante!, grita Jonathan.

Sí, es un elefante, pero no se llama así. Sigamos con las pistas: La siguiente letra de su nombre es la misma con la que empieza el nombre de la seño de los niños de 4...

Se llama Miguela, dice Aaron.

¡Ja, ja, Miguela dice!, se ríe Noah. ¡Se llama Miriam, igual que mi prima!

¡Bien!, ya tenemos 3 letras; sólo nos faltan 2. Sabemos que su nombre empieza por Elm... La pista de ahora es muy pero que muy facilita, pues ya la descubrimos antes, es la letra con la que empieza el nombre de Elena...

¡Jo, qué fácil! ¡Es la e!, chillan José a pleno pulmón.

¡Correcto! Ya sólo nos falta la última letra y el secreto lo tiene nuestra amiga Roberta, pues es la letra con la que empieza su nombre...

¡La Ro!, aporta Alexis.



El Bucio, 16. La escuela competente

¡Qué bueno que viniste!

¡Ok! Es la “erre” de ratón. Así que ya tenemos el nombre de nuestro amigo: Se llama ELMER.

¡Qué nombre más raro!, dice Kimberly.

Efectivamente, nuestro amigo Elmer es un poquitín “raro”. ¿Queréis saber por qué?

¡Síiii...!, gritan una vez más – como siempre que les cuento historias- al unísono.

Y es entonces cuando les proyecto el vídeo de la película de Elmer bajada de “Youtube”. La proyección la realizo dos veces, pues el vídeo está en inglés con subtítulos en castellano. Así pues, en la primera sesión la proyecto ininterrumpidamente para que ellos se vayan fijando en las imágenes.

Han disfrutado de lo lindo cuando han visto a los elefantes volar por los aires, ¡qué caritas pusieron cuando oyeron que la narración era en inglés!, muchos reconocieron algunos de los colores pues ya los habían trabajado en clase – que si dijo pink, ahora dijo blue... -, etc., etc.

Para la segunda proyección me apoyo en mi duendecillo inglés, Zac, quien me va a ayudar a contarles a los compañeros la historia de Elmer. Voy proyectando el vídeo haciendo pausas para que él, con mi ayuda, les vaya narrando lo que está ocurriendo. Fue una gran experiencia pues, al ver que era Zac el que les iba contando la historia, muchos de ellos empezaron a participar contando lo que entresacaban de las imágenes que veían. ¡La repera fue cuando llegamos a la parte de los colores, pues prácticamente todos querían participar! La satisfacción del momento no la puedo expresar con palabras, dejémoslo pues en un simple “¡qué gozada!”

Entonces llegó el momento de reflexionar sobre lo que habíamos visto en la historia de Elmer. Fuimos sacando voluntarios selectos, pues todos quieren ser voluntarios - ¡qué diferencia a cuando trabajas con alumnos de la ESO! – a los que fuimos describiendo:

Kimberly es alta y rubia, aporta Iker.

¡Ojos azules!, añade Ariana.

¡Guapa!, dice Liam a la vez que se tapa los ojos.

...

Y así lo fuimos haciendo con cuatro duendecillos más. Finalmente, hablamos de cómo habíamos descrito a cinco duendecillos, todos muy buenos, pero todos diferentes – los alumnos elegidos para ser des-



critos tenían características bastante diferentes para que la actividad lograra su fin -. Con esta reflexión llegamos a la conclusión de que todos somos importantes, todos somos diferentes y que al ser precisamente diferentes, como Elmer, podemos ayudar a los otros y hacerlos más felices. Llegó el momento del trabajo individual. Les comenté que Elmer venía de un país en el que cuando un niño o una niña quiere hacerse amigo de otro/a entonces le entrega una foto suya, para que nunca se olvide de lo importante que es ser diferentes.

Y como Elmer quería ser nuestro amigo, nos había enviado una foto suya a cada uno. ¡Qué carita de satisfacción pusieron mis adorables duendecillos al ver las fotos de Elmer! Ariana empezó a darle besitos (¡Qué lindo que es!, decía una y otra vez), cosa que empezaron a copiar las otras duendecillas, mientras Joan le acariciaba la trompa... Les dije que tenían que picar con el punzón el borde de Elmer, pues íbamos a preparar nuestra marioneta de Elmer. ¡Dicho y hecho!

Les preparé una base en cartulina con la silueta de Elmer en la que cada uno pegase la foto que este nuevo amigo les había regalado. Acto seguido les pegué con cinta adhesiva una cañita a la cartulina, y ya cada uno tenía su marioneta lista para nuestra siguiente actividad.

Nos fuimos al teatrillo de títeres y empezamos a reproducir por parejas la historia de Elmer con las originales aportaciones de los distintos duendecillos... La productividad de la actividad fue espectacular: Noah inventó que tenía

la trompa más larga que el planeta Urano (en clase hemos trabajado la canción de los planetas de Enrique y Ana, en cuya letra dice: “Urano es el más grande y es un gandul”), Ariana no paraba de darle besitos a la vez que insistía argentinamente en cuán lindo era. Iker lo castigó por no comerse el potaje...

La siguiente actividad fue la de pintar a Elmer según el código de colores que estaba escrito en inglés y que yo les iba leyendo, para que ellos identificasen de qué color tenían que pintar cada una de las partes de Elmer, haciendo hincapié una vez más en la gran importancia de ser todos iguales, pero diferentes...

Finalmente trabajamos de forma especial la creatividad de cada duendecillo, pues les entregamos un dibujo con la silueta de Elmer y cada uno tenía que pintarlo de la manera que quisiera. Nos encontramos con dibujos muy variados, desde aquéllos que reproducían casi al pie de la letra el dibujo original, hasta aquéllos que hacían una versión muy particular del mismo, como fue el caso de Zac quien dio rienda suelta a su expresividad y sacó el artista que lleva dentro.

Actualmente estamos realizando “EL GRAN PUZZLE DE ELMER”. He dibujado su silueta en una superficie de cuatro cartulinas. Se ha recortado en 23 partes – 23 duendecillos tengo en mi clase – y cada duendecillo se ha llevado para casa su parte. Una vez en casa han de contarle a sus padres la historia de Elmer y, posteriormente, pintar o decorar (se les ha dado libertad de expresión artística) entre todos –padres e hijos- la parte de puzzle que les ha tocado. De esta forma hemos pretendido involucrar, una vez más, a los padres en la dinámica del centro, quienes han podido seguir el desarrollo de la experiencia en el aula a través de mi blog en internet. Una vez devuelto al colegio se formará el gran puzzle de Elmer, que será colocado en el pasillo de Infantil para que todos los niños/as del colegio puedan compartir sus vivencias con nuestro nuevo amigo. Elmer se convirtió de esta manera en otro miembro más del colegio, pues algunos de mis duendecillos fueron a explicarles a las otras clases de Infantil la historia de Elmer, aprovechando la gran capacidad de oratoria de mi duendecillo inglés Zac.

Y esta historia llega a su fin. No vamos a decir que Elmer volvió a su lugar de procedencia, tampoco que fueron felices y comieron perdices..., pero sí que quiero dejar constancia desde aquí que Elmer sigue con nosotros en el colegio, y que es raro el día en que alguno de mis duendecillos no lo nombra por una u otra razón (hasta Gabriela se atreve a amenazar a sus compañeros con expresiones como “se lo voy a decir a Elmer”), síntoma de que la actividad fue productiva en un grado más que aceptable. No puedo decir que la experiencia ha llegado a su fin, pues sigue dando pie a la resolución de pequeños conflictos o discusiones que se generan en el día a día y que nos hacen recordar lo de “todos somos iguales, pero somos diferentes”.

